

EL DEFENSOR DEL OBRERO

El porvenir del idioma español

Nos ha puesto este tema en la punta de la pluma una interesante gacetilla que publica el «Daily Mail», de Londres, y dice así:

«En vista de que todo el comercio con América del Sur, con la sola excepción del Brasil, se ha de hacer por medio de correspondencia en español, este idioma tiene grandísima importancia, sobre todo porque después de la guerra habrá lucha desesperada entre Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania para apoderarse de este negocio.

Esto lo tienen también en cuenta los alemanes internados en el «Alexandra Palace», de Londres, que están estudiando con gran afán la lengua de Cervantes, que es una de las más fáciles y debería incluirse en el plan de enseñanza de todas las escuelas de Inglaterra».

Ya hace muchos años que nación tan positivista y práctica como los Estados Unidos de Norte América había caído en la cuenta de la importancia de nuestra lengua desde el punto de vista comercial y político. Tenemos varios datos demostrativos de este hecho, y vamos a apuntar algunos corroborando las afirmaciones del «Daily Mail».

Una recopilación hecha por la Oficina de la Instrucción pública de los Estados Unidos, de los colegios y universidades de este país, en los cuales se enseñan el castellano y el portugués, demuestra que hay un total de 278 instituciones docentes, cuyo programa regular incluye el estudio del idioma español y en seis de ellas se enseña el portugués.

Estas instituciones se hallan en todos los Estados de la Unión Americana y el distrito de Colombia. Además, las agrupaciones seccionales resultan favorables, debiendo agregarse que los establecimientos docentes del Este, Oeste, Norte y Sur están todos bien representados en la citada recopilación.

El Estado de Nueva York figura en primer lugar, contando 25 entre colegios y universidades en donde se enseña el castellano; le sigue el Estado de Pensylvania, que tiene 18; el de Massachusetts, que tiene 11, y los Estados de California, Illinois, Indiana, Missouri y Virginia, cada uno de los cuales tiene 10.

Si se hiciera una recopilación semejante de las escuelas de segunda enseñanza, sin duda revelaría datos igualmente interesantes. Desde luego consta que en la Escuela Comercial de segunda enseñanza de Brooklyn, Nueva York, hay actualmente 1,400 alumnos que estudian el hermoso idioma de Cervantes.

La difusión del castellano en los Estados Unidos es una consecuencia lógica de expansión mercantil como factor indispensable para el desenvolvimiento de sus gigantesca fuentes de riqueza.

Los cadetes de Was Point estudian nuestro idioma de una manera admirable, no solo en las aulas y en las continuas conversaciones del colegio dirigidas por profesores españoles, sino también en los viajes periódicos que algunos de ellos hacen a España, principalmente a Valladolid y Burgos para perfeccionarse en la pronunciación del idioma; así no es rara la sorpresa de los hispanoamericanos que visitan aquella escuela militar al oír a los alumnos expresarse en correcto castellano.

Pero hay más; hay hoy en Washington un Ateneo hispanoamericano, que se inauguró el día 4 de Diciembre del año próximo pasado, centro de cultura creado para difundir conocimientos relativos a la lengua, historia y geografía de los países de habla española. Las personalidades más notables de Washington pertenecen a dicha Asociación, y en el acto inaugural se pronunciaron elocuentes discursos por eminentes literatos y distinguidos miembros del Cuerpo diplomático, sobresaliendo, como es natural, el del representante de España.

¡Ojalá podamos comprobar pronto con nuevos datos la penetración pacífica de nuestra lengua en toda la zona del planeta donde pueda cultivar España intereses morales o comerciales!

Llévame al cine, mamá

Como los paseos son para mí, terrible lata, de un cine fui a la función, buscando una distracción buena, bonita, y barata.

De aburrirme en el local el temorcillo banal asaltóme de repente.

La sesión era especial, para niños solamente.

Tras dudar, me sometí al aburrimiento horrible, y al cabo me decidí a pasar el rato allí del mejor modo posible.

Descendió un blanco telón; me adormecí con el són de una música muy mala; quedóse a oscuras la sala y comenzó la sesión.

¡Qué cartel! Había en él, por desgracia, asuntos tan feos y tan a granel, que pensé: ¡de fijo han equivocado el cartel!

Incendios, inundaciones, profanadores ímpios, y fantasmas a montones, y adulterio, y ladrones, y raptos y desafíos.

Escenas que sin velos atemorizan de locos a niños con sus acciones malditas en inocentes almitas de los lindos pequeñuelos.

Y escenas de índole tal para los tiernos infantes,

que en la alcoba virginal interrumpen torturantes, su dormir angelical.

Del cine luego salí pensando malhumorado ante el programa que ví: ¿quién será el que lo ha formado para los niños así?

Pues si como selección se organiza esta función para los niños... ¡señores! ¿cómo será la sesión para personas mayores?

TOMÁS REDONDO

Estudios Sociales

Crear que la inclinación a sublevarse que aqueja en todos los pueblos, a un tiempo mismo, a todas las clases menesterosas es un fenómeno que no tiene origen en una causa tan general como él mismo, parecerá extravagancia y locura. Pobres y ricos ha habido siempre en el mundo; lo que no ha habido en el mundo hasta ahora es guerra universal y simultánea entre los ricos y los pobres. Las clases menesterosas no se levantan hoy contra las acomodadas sino porque las acomodadas se han friado en la caridad para con las menesterosas. Si los ricos no hubieran perdido la virtud de la caridad, Dios no hubiera permitido que los pobres hubieran perdido la virtud de la paciencia. La pérdida simultánea de estas dos virtudes cristianas sirve para explicar los grandes vaivenes que van dando las sociedades y los ásperos estremecimientos que está padeciendo el mundo.

DONOSO CORTÉS

Los Deberes Sociales

Serafina, por Dios, ven y recoge estos chicos, que no me dejan escribir! —gritó por tercera vez don Fulgencio, cargado ya hasta la coronilla. Estaba terminando un trabajo importantísimo que debía entregar aquel mismo día en el ministerio de Hacienda, en donde estaba empleado con tres mil pesetas anuales, y sus cinco hijos, cuya edad variaba entre cuatro y doce años, le tenían ya loco con sus gritos y carreras y su continuo entrar y salir en el despacho. Era imposible con aquel estrépito terminar el trabajo a la hora debida.

Y como viera don Fulgencio que su esposa no acudía a sus voces, y que los chicos, que en aquel momento se habían agolpado todos al despacho sin cesar de correr, gritar y subirse a los muebles dando saltos y zapatetas, no le hacían caso tampoco, levantóse irritable y les echó fuera repartiendo mojoncitos a derecha e izquierda. Después atrancó la puerta, cuya cerradura ha-

bían hecho saltar los chicos, colocando una silla por la parte de adentro, y continuó su trabajo.

Pero no había trascurrido aún media hora cuando la silla se vino al suelo con estrépito, se abrió la puerta de par en par chocando fuertemente contra el tabique, y los chicos tomaron por asalto el despacho otra vez, representando al vivo la irrupción de los bárbaros.

—¡Nada, está visto que no he de terminar hoy esto!—murmuró don Fulgencio soltando la pluma con desaliento, y apoyando en la mano la mejilla.

A todo esto uno de los chicos había comenzado a tocar una campanilla que encontró sobre una mesa, otro empezó a meter un dedo en el lintero y a pintarse patillas, y los tres restantes se pusieron a jugar al toro, haciendo de capa un pifuelo de la criada que habían cogido en la cocina, y de espada el bastón de don Fulgencio.

—Pero esta mujer mía, ¿en dónde estará?—murmuró aquí volviendo a impacientarse.

Y levantándose después con cierta calma rabiosa, volvió a cerrar la puerta, y cubriéndola luego con su cuerpo para que no se le escapara ninguno de los chicos, gritó con voz de trueno:

¡Silencio!

Los chicos se quedaron mudos y clavados en sus sitios respectivos.

—A ver... ¡aquí todo el mundo!—volvió a gritar don Fulgencio con voz formidable.

Los chicos avanzaron silenciosos y amedrentados, colocándose en semicírculo alrededor de su padre.

—¿En dónde está mamá?

Silencio absoluto.

—¡Que en dónde está mamá he dicho!—repitió don Fulgencio próximo a estallar.

—No sabemos...—dijo temblando uno de los chicos.

—¿Y qué os dije antes?

El mismo silencio de la vez anterior...

—¿Qué os dije antes?—repitió don Fulgencio.

—Que no volviéramos aquí en todo el día—contestó Luisito haciendo pucheros.

—¿Y por qué habéis vuelto?

—Porque nos dijo la criada que no la dejábamos guisar, y que nos viniéramos al despacho.

—¿Es decir que aquí todo el mundo manda más que yo?... Pues ven acá tú—prosiguió D. Fulgencio cogiendo al chico que estaba próximo a él y sacudiéndole tres o cuatro poderosos argumentos a posteriori.—Ahora tú—continuó cogiendo al segundo y repitiendo la misma operación. Y así sucesivamente fué haciendo con todos, cuidando de que no se le escapara ninguno.

—Ahora todos conmigo a buscar a